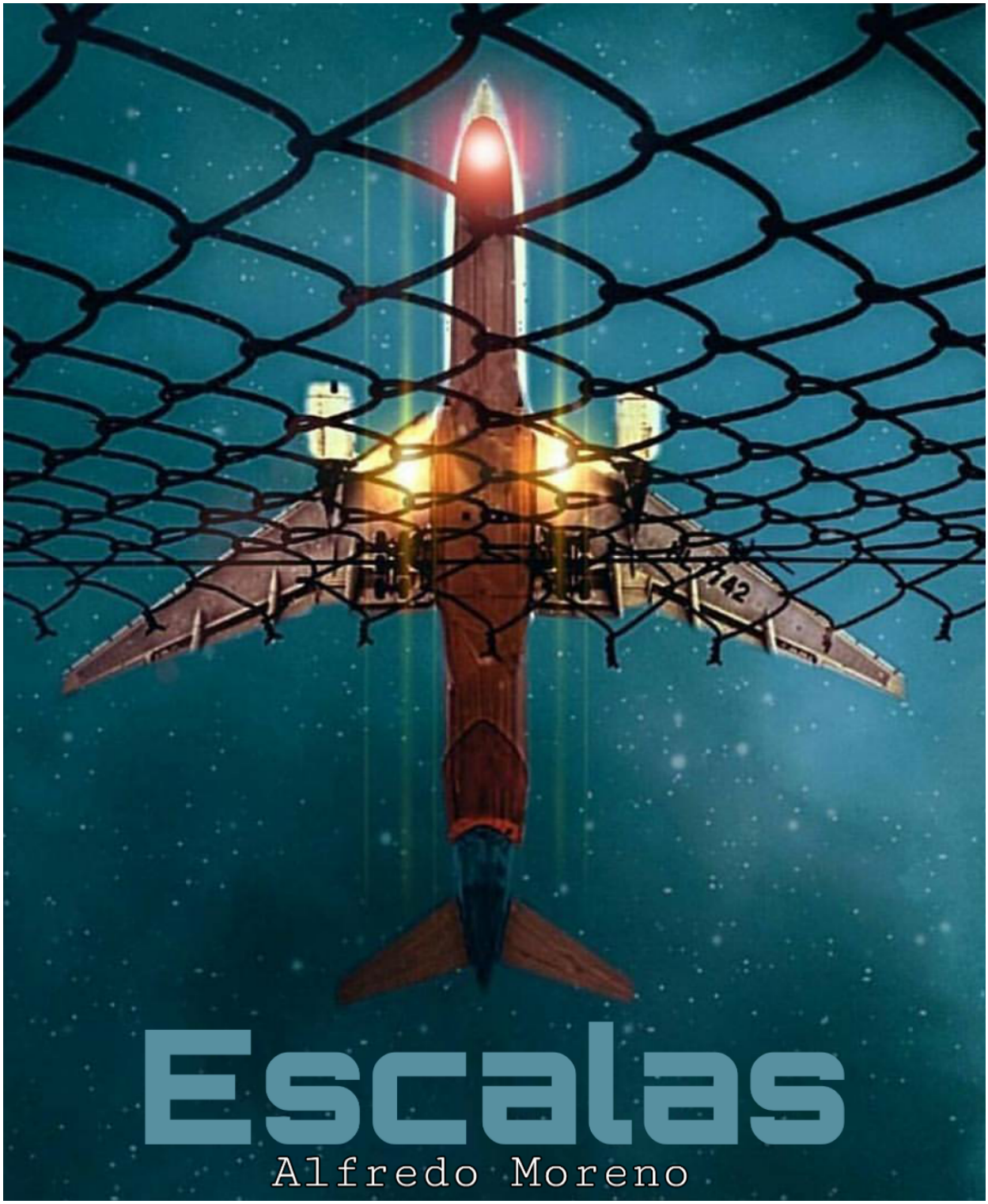
Escalas

Alfredo Moreno



Capítulo 1

Hicieron escala en distintos aeropuertos. Diego había comprado el billete más barato, y en ese momento pensó que el descuento le salía caro. Un reencuentro de tal magnitud hubiera merecido otro tipo de esfuerzo.

«Tal vez me debería haber rascado más el bolsillo», se dijo a sí mismo.

El aeropuerto de Estambul, de los más transitados del mundo, parecía un centro comercial en plena rebajas.

—Para ciertos viajes no hay que escatimar en gastos —le comentó el señor sentado a su lado, a lo bajini.

De lo que menos ganas tenía —durante las dos horas que faltaban para embarcar en el próximo avión— era de entablar una conversación con un aburrido anciano que prácticamente le triplicaba la edad, pero Diego, lejos de comportarse como un estúpido millennial, hizo un sacrificio y le contestó:

—Bueno, lo importante es volver.

—Sí, pero con tantos vuelos y tantas escalas... quizás el reencuentro con ella no sea el esperado.

Diego lo miró con recelo. Cómo demonios sabía que se dirigía a un reencuentro: y con ella. La mera coincidencia le inquietó. Lo siguió un silencio incómodo, semejante al que se produce cuando das positivo en un control de alcoholemia.

Volvió a hacer un esfuerzo titánico y dijo:

—Hay que viajar por el mundo, y cuantas más escalas hagas, más sitios conoces. Solo se vive una vez.

—No es por inmiscuirme en tus asuntos... —le dijo el anciano—. Pero lo único que conoces haciendo tantas escalas: es el aeropuerto de otras ciudades, no la esencia de ellas.

Joder, y ahora parecía su padre echándole un sermón. Miró el reloj; aún quedaban horas de sufrible espera. Resopló.

—Sí, puede que tenga razón —comentó a desgana.

—Puede —dijo el anciano—. Puede que sea mejor viajar agarrado de la mano y hacer las escalas juntos. De esa manera, todos los lugares habrán merecido la pena, porque si tu sitio favorito es esa persona... te dará igual

en qué parte del mundo estés.

—Bueno, ahora eso de ir juntos de la mano a todos lados no se lleva... es cosa del pasado.

—Pues si volviera atrás —continuó diciendo el anciano—, te puedo asegurar que no hubiera escatimado en besos y las escalas no las hubiese hecho solo. Hubiera ido de su mano... Pasando fronteras sin pasaportes, y tocando lo que no era nuestro sin permiso. Sin miedo a represalias. Haciendo de turistas sexuales; emigrando en su piel y convirtiendo las arrugas de una sábana en nuestra bandera. Ella. Yo. Así éramos. Tan tangibles. Tan palpables. Tan de película interminable. Tan inocentes y tan culpables. Por querer creer que el amor mueve montañas, y no parar de mover las nuestras. Y así estábamos; en la cima del monte más alto de nuestra atmósfera. Inventando una nación nueva, gobernada por nosotros y sin temor a lo que viniera. Siendo, al mismo tiempo, reyes, republicanos y anarquistas sin contrato. Sin pagar más impuestos que los que se le antojaban a su boca y a la mía. Un paraíso fiscal tributado con besos.

El anciano dejó flotar un suspiro en su boca.

—Hasta que empecé a descuidarla —añadió—, y comencé a hacer escala sin contar con ella...

—Bueno, siempre se puede coger otro avión.

Ahora el silencio volvió a tomar protagonismo.

—Hay vuelos que no vuelven a salir. Y eso de viajar por el mundo y volver a casa cuando ya no se tiene nada, pensando que todo va a seguir igual, acaba pasando factura.

Diego reflexionó largo y tendido sobre lo que el anciano acababa de decir, y se quedó mirándolo unos largos segundos.

—¿Y usted adónde se dirige? —preguntó, ya por pura cortesía.

Los ojos vidriosos del anciano se entornaron.

—A ningún lado —contestó—. Aún la sigo esperando...

«Que el mundo por el que viaje sea tu cuerpo, y yo... tu único pasajero».